

LA MUJER BARBUDA

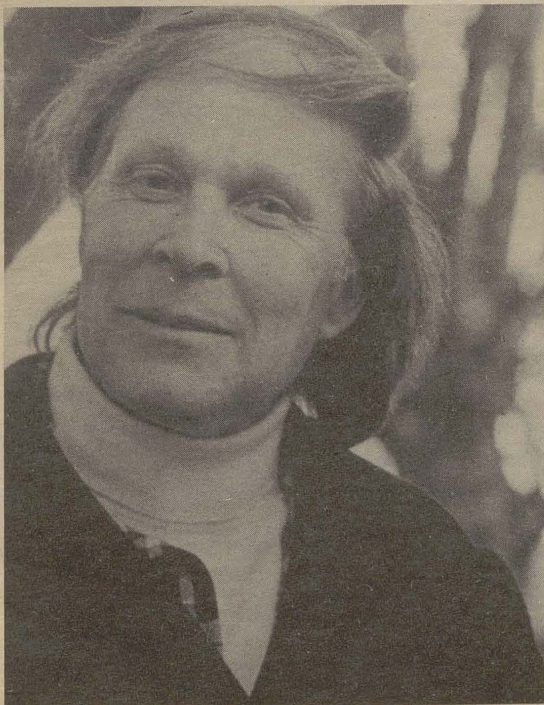
Suplemento cultural de La Voz del Tajo. Año II. Nº 43. 30 de Marzo de 1985

De La Voz del Tajo á Foz do Tejo

Hoy LA MUJER BARBUDA publica una pequeña antología y algunos análisis de la poesía que se ha hecho y se está haciendo en Portugal, el país hermano que acaba en estos momentos de contraer nuevas nupcias con las naciones europeas. Portugal, pueblo ibérico abierto al océano, del que muchos españoles se han hecho un estereotipo subdesarrollista alejado de la realidad, por sus relaciones privilegiadas con Inglaterra a lo largo de la historia y por

su apertura a la inmensidad del mar, ha ido con frecuencia por delante de España en la incorporación de las corrientes culturales más modernas. En poesía tiene su propio camino, paralelo a veces, divergente otras del seguido por nuestro país. Angel Crespo, profundo conocedor de la poesía portuguesa de este siglo, que ha traducido a los mejores poetas a la lengua castellana, da, en una de sus habituales colaboraciones para LA MUJER BARBUDA,

algunas claves para entender el florecimiento de la poesía portuguesa del último medio siglo. Eugenio de Andrade, Jorge de Sena, Sophia de Melo, Mário Cesariny, António Ramos Sosa, Herberto Helder, José Bento, António Osorio y Ruy Belo son otros tantos poetas lusos seleccionados de un poemario traducido por Crespo, que pueden servir de botón de muestra para conocer los caminos actuales del buen trovar en el país en que desemboca el Tajo, el río al que este periódico da voz.



Ese cuerpo de la poesía

Eugénio de Andrade

Ha sido siempre por los ojos de los poetas, decía yo hace días, en Madrid, a Angel Crespo, como el portugués ha visto más lejos y más hondo. Hablar de poesía portuguesa es hablar de un pueblo que ha ido descubriendo su propio rostro a medida que cantaba, y esto comienza casi en los albores de la nacionalidad. Da que pensar cómo se alcanzó tan pronto una de las cumbres del lirismo nacional, porque hay que confirmarlo: Pedro Meogo y Don Dinís, Joao Zorro y Aires Nunes son grandes poetas; y la cantiga de Mendiño es un prodigio de arquitectura verbal, digna de ser puesta al lado de lo mejor que escribió Camoens, o Cesário Verde, o Pessanha, o Pessoa, por no hablar más que de los mayores poetas de la lengua.

Poesía de la tierra, la nuestra, de ese suelo pobre donde el hombre vive con los ojos clavados en el mar, que fue para nosotros fascinación antes de ser trágico destino; poesía alada,

que vuela alto, más confiada al ritmo de las estaciones y al calor animal y fraterno que a especulaciones metafísicas, a las que no raramente se aventura; poesía de amor, de todo el amor (en la lengua portuguesa la sensibilidad comienza en el rumor de las sílabas), pero también de la muerte, como si en esa música nocturna Eros y Tánatos cambiasen insidiosamente de máscara; poesía de desengaño, de ácida amargura, escrita por quien va por el mundo dejando el alma (o el cuerpo, tanto monta) en pedazos repartida, o como quien escogió como exilio la propia patria, cercado de silencio, haciendo de la soledad espejo del mundo; poesía mesiánica, de quien es soñador impenitente, e incluso de sarcasmo certero, que tantas veces es un disfraz de la ternura. Una poesía así tiene en Luis de Camoens la suprema encarnación; por eso no sorprende que los portugueses hiciesen de él símbolo de la raza, o si se prefiere, dado el descrédito de la

palabra, símbolo de nuestra tan larga persistencia en tenernos por un pueblo de vocación universal.

Los poemas que el lector va a encontrar aquí pertenecen a un tiempo en que el espíritu lusiada trata de conciliar una tradición que remonta al siglo XIII —y que a nadie que tenga responsabilidades en este proceso verbal puede dejar indiferente— con las aventuras estéticas en que nuestro siglo ha sido fértil, y que se han reflejado por esos mundos.

Las palabras con mayúscula me parecen extranjeras, en particular esa de Imperio, que todavía usó Fernando Pessoa, y debe de haber sido el último gran poeta que la escribió sin mala conciencia. Pero el imperio con que tanto soñó ya no era el de Camoens ni el de Vieira, pues era el de la cultura, y sólo ése. De ahí que hiciera de la lengua su patria, y esa lengua, no me parece ocioso recordarlo, es hablada hoy por cerca de doscientos millones de personas.